

VARGAS LLOSA, Mario, 2012, *La civilización del espectáculo*, Lima, Alfaguara. 226 pp.

En las primeras páginas de *La civilización del espectáculo*, Mario Vargas Llosa comprueba «que la cultura, en el sentido que tradicionalmente se le ha dado a este vocablo, está a punto de desaparecer» (p. 13). Una de las señas de esta desaparición, podría aventurarse, es la licuefacción del término –y del concepto–. Como dice Vargas Llosa, «hoy ya nadie es inculto o, mejor dicho, todos somos cultos» (p. 69). En efecto, a partir de la acepción antropológica o etnográfica del término **cultura**, se han acuñado varias expresiones que mantienen (a veces muy sutiles y generales) vínculos entre sí: **cultura organizacional**, **cultura de masas**, **cultura del entretenimiento**, **cultura mainstream** y hasta la **cultura de la libertad**, de la cual es tenaz promotor el mismo Vargas Llosa. El hecho de que en las construcciones anteriores se precise con un adjetivo, con una aposición o con un complemento determinativo la palabra cultura indica que esta es el término central y que las determinaciones lo precisan o lo modifican. ¿Cuál es esta cultura, a secas, sin determinaciones, a la que se refiere Mario Vargas Llosa? Ciertamente, no la cultura entendida antropológicamente como conjunto de usos o de valores de un pueblo expresados en formas de comportamiento o de creación de objetos cotidianos. Se trata, más bien, del concepto de cultura que se aprecia cuando se dice de una persona que es **culta** o de una actividad de la que se predica que es **cultural**. Es decir, de una cultura minoritaria (tal como la describía T. S. Eliot [p. 107]), consensuada, identificable, humanista, verbal y, si bien no con un contenido explícitamente religioso, sí con algún sustrato moral o ético (me imagino que Vargas Llosa podría pensar como encarnaciones de ella a intelectuales como Jean Paul Sartre y, sobre todo, Albert Camus). Actualmente, para Vargas Llosa, ha desaparecido la seguridad que antes daban jerarquías y diferencias, ahora abolidas. Coincide con George Steiner, quien afirma en *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura* que una línea divisoria «separaba lo superior de lo inferior, lo mayor de lo menor, la civilización del primitivismo atrasado, la instrucción de la ignorancia, la madurez de la edad de la inmadurez, los hombres de las mujeres, y en cada caso estaba implícita una distinción de superioridad» (pp. 109-110). Ya no más.

Para aprovechar la distinción que Umberto Eco propuso en su libro *Apocalípticos e integrados en la cultura de masas* (1965), Mario Vargas Llosa es decididamente un apocalíptico. El Apocalipsis ya ocurrió. El tiempo actual es el que sigue al Apocalipsis. Vivimos en un mundo «posapocalíptico», el mundo de la «poscultura» (Sloterdijk diría: en un mundo «poshumanista»). Buena parte de *La civilización del espectáculo* consiste en la certificación de cómo la industria cultural contemporánea (que, como un Midas mediático, transforma todo lo que toca en espectáculo) ha destruido la «alta cultura» (y de paso, otras manifestaciones valiosas que Vargas Llosa considera triunfos de lo humano, como la política y el

erotismo). A continuación, va un sucinto inventario de decadencias que dibujan la «poscultura», el «poshumanismo»: la palabra subordinada a la imagen (p. 22), la cultura transformada en artículo de consumo de masas, la cultura como diversión («La cultura es diversión y lo que no es divertido no es cultura» [p. 31]), la desaparición de la figura del crítico (p. 37), y la del intelectual, sustituida por la del publicista (p. 38) (proceso que –como ha hecho notar Carlos Gatti– ya había sido profetizado por Federico Fellini en el filme *La dolce vita* de 1959, aunque en este el intelectual se transforma primero en periodista y luego en publicista), la confusión entre el **precio** y el **valor** de una obra de arte («Todo necio/ confunde valor y precio», dice Antonio Machado en sus *Proverbios y cantares* [p. 38]), el protagonismo de los efectos especiales en el cine (pp. 47-48), el ocaso de la autoridad y sus consecuencias en la educación (vista –como lo quiere Foucault– como una estructura de poder represiva semejante a la sexualidad, la psiquiatría, la religión, la justicia y el lenguaje [pp. 82-83]), la idea de la superioridad de la teoría crítica sobre la obra de arte concreta (p. 87). Un conjunto de grandes nombres de la Posmodernidad cargan en parte la responsabilidad de este estado de cosas: Gilles Lipovetsky, Jean Serroy, Guy Debord, Frédéric Martel, Roland Barthes («todo lenguaje es fascista» [p. 88]), Jacques Lacan, Julia Kristeva, Luce Irigaray, Bruno Latour, Jean Beaudrillard, Félix Guattari y Paul Virilio, entre otros (p. 90).

Uno de los grandes síntomas de la decadencia es el de la decadencia de la religión, que también se espectaculariza y, consecuentemente, se diluye o se simplifica. Sin dejar de hacer notar los errores y las limitaciones de esta y proclamando como siempre su laicismo, Vargas Llosa juzga positivo el papel de la religión en una sociedad libre: «Así como tengo la firme convicción de que el laicismo es insustituible en una sociedad de veras libre, con no menos firmeza creo que, para que una sociedad lo sea, es igualmente necesario que en ella prospere una intensa vida espiritual –lo que para la gran mayoría significa vida religiosa–, pues, de lo contrario, ni las leyes ni las instituciones mejor concebidas funcionan a cabalidad y, a menudo, se estragan o corrompen. La cultura democrática no está hecha solamente de instituciones y leyes [...]» (p. 178). La religión, en efecto, puede ser una reserva moral poderosa que frene excesos de poder. En Occidente (y no solo en Occidente), la Iglesia católica ha sido, también, uno de los grandes motores del arte (aunque no haya apoyado, como cree Vargas Llosa [pp. 173-174] a todos los grandes creadores: Piero della Francesca o Miguel Ángel podrán haber trabajado para patrones eclesiásticos, pero la *Divina comedia* se escribió heroicamente en el exilio de Florencia de su creador, Dante Alighieri, exilio generado por las intrigas de la curia del papa Bonifacio VIII).

¿Es posible contar hoy día con una cultura consensuada, sin adjetivos, en el sentido de la que añora Vargas Llosa? En términos más concretos, ¿es factible un canon de grandes obras? Probablemente no. La ausencia de una historia común, de una «narrativa común»,

promovida por los pensadores posmodernos, quizás sea, en realidad, la certificación de la otra cara de la globalización. La enorme oferta no jerarquizada que es la internet genera una Babel cultural que concurre con lo anterior para que consensos tan estrictos no ocurran. Un canon literario de mil quinientos títulos, como lo propone Harold Bloom, es una utopía de lectura imposible. ¿Por qué no pensar en otros cánones (de películas, de producciones de ballet o de ópera, de música clásica, de música popular y aun de series de televisión)? ¿Por qué no pensar también en interacciones entre «alta literatura» y «cultura popular» nuevas e inéditas y potencialmente valiosas? Cervantes acudió a *best sellers* de su época para parodiarlos, Dante (*Inf.*, XXII) se basa en farsas populares para construir sus diablos traferos y Borges toma como modelo la novela policial para escribir cuentos notables.

Pienso que más que una cultura absolutamente consensuada resulta más importante preservar al individuo culto, a la persona cultivada (es decir, aquella que se cultiva –la imagen agraria no es gratuita– mediante una actitud de construcción gozosa de su yo, aquella que considera la cultura como una adquisición relevante, un insumo para la búsqueda de respuestas personales a la pregunta por el sentido). Para esta, resultará difícil que las obras verdaderamente grandes dejen de estimularla, intelectual, afectiva y estéticamente. Lo que sí es probable que ocurra es que lo literario se reduzca en la experiencia general de este individuo culto, pues acogerá también la de lo audiovisual valioso. Por ello, para lo específicamente literario, más que la lista de Bloom, tiene más sentido el proyecto de Miguel Ángel Garrido Gallardo, quien está organizando un congreso internacional en Madrid y Logroño (La biblioteca de Occidente en contexto hispánico, en junio de 2013) para escoger cien obras, no mil quinientas.

Jorge Wiese Rebagliati
Universidad del Pacífico